

SEIDMAN, Michael, *A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2003, 388 pp.

Como los habitantes del mítico territorio de Región en *Herrumbrosas lanzas* de Juan Benet, arrojados a la intemperie de una guerra venida «de fuera», o como los personajes contradictorios que tratan de sobrevivir en el monumental *El laberinto mágico* de Max Aub, los figurantes anónimos de la trama real que fue la Guerra Civil española se vieron también sumergidos inopinadamente en una contienda que proyectaba sobre sus vidas luces y sombras, pasiones y dudas, esperanzas y temores. Sin embargo, son todavía con toda seguridad las menos conocidas las historias y experiencias de esos actores secundarios –¿sin guión?–, de esa mayoría de la población que apenas ha recibido los focos de la atención histórica dispensaba a líderes y protagonistas. A indagar en esas historias en singular y cotidianas se dedica el norteamericano Michael Seidman en este *A ras de suelo*, un texto polémico y estimulante que no pasará inadvertido.

La apuesta de la obra es tan valiente como arriesgada, y no se trata de un mero libro más sobre la contienda de 1936. Es la meta de partida de Seidman elaborar nada menos que –como reza el subtítulo– una *Historia social de la República durante la Guerra Civil*. Mas no una historia social cualquiera, pues late tras el anterior otro objetivo de mayor calado ligado a su concepto de tal categoría y que, a su vez, se desdobra en dos. Por un lado, el autor se sitúa frente a la «tradicional» historia social –que considera «hipnotizada» por las expresiones de lo colectivo– para «mostrar las limitaciones del énfasis sobre la etnia, la clase y el género» (p. 29) y para defender una variante de aquella donde ocupen el centro del relato y del análisis los actores, dinámicas y lógicas «individuales». Y por otro lado, busca ilustrar su propuesta de rotundo «individualismo metodológico» con el estudio de una de las latitudes históricas –la «guerra y la revolución españolas»–

que más han despertado esa «fascinación» de lo colectivo.

El resultado es un amplio fresco de la zona republicana que, «partiendo de abajo arriba», trata de «conducir la historia hasta el nivel subterráneo» (p. 19) de lo singular. Como singulares, si no abrumadoras, son la erudición archivística y bibliográfica mostrada –si bien algo menor respecto de la literatura más reciente– o la riqueza y profusión de datos y ejemplos que jalonan, ilustran y en ocasiones saturan el relato. Toda esa información está ordenada alrededor de dos ejes argumentales principales. Por una parte, subraya Seidman que, pese a la movilización y las grandes causas y actores colectivos en juego, los individuos anónimos se mostraron fundamentalmente «egoístas» e hicieron valer, y prevalecer, sus propios intereses sobre los de partidos, clases y utópicas sociedades futuras. Y, por otra parte, argumenta que esos intereses enraizados en la esfera de lo personal, junto con una serie de carencias logísticas y materiales de todo tipo, fueron en gran medida responsables de la derrota de la República.

Desfilan así ante el lector muchos de esos intereses y obstáculos en un reiterativo *in crescendo* definido sin excesivo éxito como el paso desde el débil y efímero predominio de la «militancia» al del «oportunismo» y de éste al del «cinismo» y la «supervivencia». Se trata a menudo de actitudes de la población civil, como la afiliación político-sindical por motivos oportunistas, el acaparamiento y ocultación de moneda y alimentos, el estraperlo y la lucha productores-consumidores a raíz del control de los precios; o como la contradictoria marcha de las colectividades, presentadas en términos de «cantonalismo» y «egoísmo organizado a nivel local» (p. 194). A lo que se añade una inacabable serie de dificultades y «fracasos» en la «economía política» y los recursos de la República –

principalmente la crisis económica y la creciente penuria material— que habrían potenciado las anteriores formas de «egoísmo cotidiano» y que se habrían unido a éstas para producir una falta de compromiso y desapego político generalizados. Pero la mayor parte del libro se ocupa del ámbito militar y de la soldadesca republicana. A partir de un detallado seguimiento de los distintos frentes y ofensivas de la contienda, el cuadro pintado es desolador: milicianos poco concienciados y menos competentes; uso espúreo de los recursos por su parte; recurrentes deserciones e insubordinaciones; «cobardes» huidas y desbandadas por un «individualismo instintivo»; «tendencia de las tropas republicanas al saqueo» (p. 122); automutilaciones para alejarse del frente; «ritualización» del «vive y deja vivir» y «treguas extraoficiales» con el enemigo en los frentes en calma; y, nutriendo lo anterior, un penoso panorama definido por continuas derrotas, una acusada «incompetencia» militar y una aun mayor «incapacidad» logística gracias a la cual campaban a sus anchas el hambre, el frío, la fatiga, todo tipo de enfermedades y, por ende, el derrotismo, la indiferencia hacia la suerte de la causa y la desmoralización —que, en una más que arriesgada pirlueta, el autor considera causa, y no consecuencia, de la desfavorable marcha de la guerra.

Texto de argumentos fuertes, entre sus activos está insertar en el centro del discurso cuestiones apenas tratadas por el grueso de la historiografía. Y está revisar algunos de los «excesos» de esta última en la medida en que el conflicto de 1936 es abordado por no pocos historiadores desde perspectivas estrechamente políticas y apriorismos metacientíficos —a menudo próximos a las batallas discursivas e identitarias de guerra y posguerra— que menosprecian lo individual y presentan la guerra como periodo de movilización masiva durante el que la política nacional y determinadas «comunidades» colectivas habrían subsumido las vidas menudas y en singular. De ahí que se reivindicque que esas explicaciones han sido «incapaces de

estudiar la existencia cotidiana de soldados y civiles» y que «la biología fue tan importante como la ideología o la cultura» (pp. 148, 22).

Sin embargo, la propia contundencia de sus tesis, o acaso rigidez, conduce a Seidman a incurrir en sus propios excesos y contradicciones. Algunos, y no menores, son de índole argumental. Es el caso, entre otros, de la descripción del golpe de Estado de julio como «relativamente pacífico»; de la completa desaparición de los cruciales factores políticos e internacionales —en particular la disímil ayuda exterior a los dos contendientes— para entender la derrota republicana; de la flagrante nula presencia de los sujetos femeninos; o de la omnipresencia de términos como «fracaso», que retrotrae a pasadas fechas de nuestra historiografía, o de frases excesivas como «el oportunismo y el cinismo imperaban en la zona republicana» (352). Es el caso asimismo de las alusiones al bando franquista, que Seidman describe por contraste —echando mano de fuentes contestables como Salas Larrazábal o Martínez Bande— en términos de rotunda «eficacia», «éxito» y superioridad sobre su rival en todos los órdenes reseñados. Y es el caso, sobre todo, de la elección de las presencias y ausencias, que parece estar exclusivamente guiada *a priori* en función del concreto itinerario que se propone al lector. De ahí que la pretendida historia social de la zona republicana devenga en una procelosa sucesión de actuaciones movidas por egoísmo e intereses particulares, mientras que son desterradas a los márgenes del relato otras —desde la dramática defensa de Madrid a la «guerra de los vencidos» de los *maquis*, pasando por los brigadistas internacionales— ligadas a lógicas y dinámicas de corte supraindividual y “político”.

Pues en efecto, y eso nos sitúa en las sombras de la propia apuesta epistemológica del trabajo, su *leitmotiv* no parece ser otro que minimizar el papel de lo político en la guerra y la revolución de 1936-39. O, más aun, “despolitizarlas”. Ahora bien, encontramos en primer término que, como justificación de su

labor, esgrime Seidman el desprecio por lo individual y el rígido sesgo político de un supuesto «enfoque tradicional» que, no obstante, sobredimensiona y simplifica para mejor rebatirlo. Pero tal enfoque no es ni tan monolítico ni tan dominante, como muestran investigaciones y análisis que —desde los clásicos Malefakis y Fraser a las recientes tesis de F. Godicheau y J.A. Pozo, pasando por J. Casanova o M. Vilanova— enriquecen el relato mediante las experiencias individuales, los planos locales y la “historia social de lo político” y muestran la amplitud del terreno entre los extremos «tradicional» y subjetivo-individual. En segundo lugar, el volumen sugiere cuestiones con cuyo hondo calado y urgente consideración (el grado real de «politización» de la España de la época, las determinaciones causales en la estructura social, el valor de categorías como “clase” y “género”...) no parecen guardar relación unas alternativas, las propuestas por Seidman, que abocan a la postre a un balance heurístico negativo y a un cierto escepticismo gnoseológico. Porque, en tercer lugar, «egoísmo» y «biología» no parecen poder explicarlo todo por sí mismos —empezando por la propia duración de la guerra y de la resistencia republicana—; o al menos no sin insertarlos, tal vez el verdadero y más fructífero reto, en un marco más amplio y polifónico donde se den cita también relaciones de poder, organizaciones y culturas políticas e identidades sociales. Y, en fin, porque la contestación de lógicas y actores colectivos es susceptible

de desembocar en una historia «social» amorfa y sin rastro de lo político donde las relaciones sociales y la propia colectividad resultarían disueltas en una colmena de individuos ajenos a toda ética y a todo contexto y guiados por un mero y radical utilitarismo. Un (neo) utilitarismo emparentado con las propuestas de Marcur Olson y sobre el que no sólo pesan evidentes implicaciones epistemológicas, sino también la sospecha de una posible deriva ideológica y, valga la paradoja, “política”: la de un tipo de apología neoliberal del individualismo empresarial y consumista.

Pero sospechas y excesos al margen, nada de ello es óbice para la atenta consideración de este *A ras de suelo*, una de las más originales aproximaciones recientes a nuestra contienda civil que da un sólido toque de atención a la historiografía más “ortodoxa” y abre sugerentes y ya insoslayables interrogantes sobre la guerra. Y que, más aun, a pesar de sus sombras, introduce al lector en el que acaso sea todavía el gran desconocido de la misma: el sujeto singular. Un sujeto que, lo quiera o no el historiador, parece rebelarse contra su pertinaz silencio y, en el cine o en la literatura, ora en memorias ora en su desenterramiento —metafórico y real— por sus nietos, ocupar crecientes parcelas en la memoria y el debate público sobre las latitudes más mitificadas y conflictivas de nuestro pasado reciente.

José Luis Ledesma